

COMENTARIO A "ANTROPOLOGÍA: PERSPECTIVAS PARA DESPUÉS DE SU MUERTE"

Rosana Guber *

La flamante publicación de una revista de Antropología y Ciencias Sociales "en tiempos del cólera", las novedosas propuestas contenidas en sus artículos, y la cesión de espacio de publicación por parte de sus editores, parecen insuficientes para desmentir las conclusiones de "Antropología: perspectivas para después de su muerte" (*PUBLICAR*, I, 1, 1992). No es para menos. Entre quienes se reconocen víctimas del desastre, y los que pretenden salvarse, pelearla, o simplemente seguir, desfilan nuestras ya conocidas miserias y debilidades: alumnos inundados de textos sin sentido, pero empeñados en extender su carrera ante una yerma perspectiva post-universitaria; jóvenes que optan por el autoexilio de postgrado "para tomar un poco de aire" y no regresar nunca más; desalentados aspirantes a becas del CONICET y la UBA; antropólogos que, por falta de presupuesto, tiempo e ideas, olvidaron ya el sabor del trabajo de campo; investigadores que jamás sabrán qué fue de sus informes o que no tendrán la oportunidad de saberse leídos por sus colegas. Es verdad: el panorama institucional es preocupante, al punto de incidir negativamente en la calidad de la producción académica. Pero entonces: ¿por qué preocuparse por la desaparición de una disciplina en estado de putrefacción? ¿Es el tono apocalíptico de Reynoso acaso una provocación? ¿No será, más bien, que busca sacudirnos de un supuesto letargo, desesperado por evitar lo que en su artículo dice ser un hecho consumado? Si así fuera, habría que preguntarse si lo consigue y cómo. Responderé a este punto en los tres niveles por los que discurre su autor: el discurso "científico", el antropológico-político y el interpretativo-postmoderno.

Ya que el "turno" o "vuelta interpretativa" ha reemplazado a los principios científicos en nuestra disciplina, y que el vano y narcisista "placer del texto" ha descuartizado su poder explicativo y transformador (17), era de esperarse que Reynoso siguiera, al menos a modo de réquiem, el a-b-c de la "investigación científica". Si forzáramos su artículo en esta lógica detectaríamos, quizás, una hipótesis (la antropología ha muerto), una explicación ("la retórica intelectual desplazó fácilmente el razonamiento científico", 24, énfasis original), y alguna "evidencia" proveniente de cierto "Trabajo de campo" ("mi experiencia docente de veinte años en técnicas computacionales aplicadas", 25) y de fuentes secundarias -revistas estadounidenses y libros de la especialidad. Pero el "campo"- inespecífico geográfica e históricamente- y la "evidencia" no alcanzan a confirmar la hipótesis, ni a explicar el *interpretive turn*, ni el faccionalismo acrítico de nuestros colegas; la evidencia no está ponderada por el uso de muestras representativas (¿por qué alumnos de cursos de computación? ¿por qué esos textos y autores?); y las posibilidades más contundentes de explicación se soslayan con conectores neutros (por ej.,

* Investigadora del CONICET. Docente en la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. Inst. de Ciencias Antropológicas, 25 de Mayo 217, 4º (1002) - Capital Federal.

por qué no conectar en forma más específica cómo se articula la caída del estado benefactor, el surgimiento del nuevo orden mundial y la muerte de la antropología, en vez de afirmar que los tres son "coetáneos"-16-?).

¿Consecuencias? La hipótesis se ha vuelto mera cuestión de fe ("Los signos actuales de su muerte (de la antropología) son incontrovertibles" (20, mi paréntesis) ya que Reynoso ha decidido pasar la pelota y dejar "que otros carguen con el peso de la prueba de que su deambular actual es una vida en plenitud" (16). El lector debe creer que, en esta muerte/agonía/parálisis, "[...] no han habido siquiera de un par de décadas a esta parte propuestas teóricas nuevas" (20), sin que se le explique por qué no lo son las de Godelier, Sahlins, Dumont, Wolf y Mintz; o en qué consistiría el "intelectualismo facilista" sin "atisbo de seriedad" (16) de Geertz, Crapanzano, los Comaroff y los Rosaldo. Adjetivos y adverbios autorreferenciados como los "jamases", "siempre" y "nuncas", no alcanzan para dar la extremaunción. El listado de síntomas no elimina de este artículo el interpretativismo subjetivo e individualista.

La transición mundial nos abruma a todos, no sólo a los antropólogos, y como bien nota Reynoso, no sólo a los argentinos. Pero si la reestructuración tiene alcance mundial, sería conveniente aplicar aquello que una vez nos enseñara la antropología (antes de su fallecimiento): apuntar a lo específico. En este caso, a los contextos políticos, históricos y culturales de la producción y consumo de este escrito: no EE.UU., sino la Argentina, más exactamente, Buenos Aires; no en el 78, sino en el 92 (justamente a los 500 años!) tras nueve años de desarrollo académico abierto, con un horizonte en proceso de privatización y arancelamiento. En nuestro país la metáfora orgánica para señalar riesgos y situaciones finales nos trae a la memoria a los pregoneros de catástrofes que braman contra el caos reinante, y auguran la llegada de un orden definitivo. A esta altura ya sabemos que ese orden ni fue definitivo ni fue orden. La prosa altisonante nos pone en alerta roja, porque nunca sabemos si intenta despertarnos o dejarnos en *knock-out*. En la Argentina, más bien lo segundo: los presagios de hecatombe con sus consiguientes medidas preventivas y tratamientos quirúrgicos, no necesariamente nos hacen mejores, ni nos sanan, ni protegen. Expresiones como "la Argentina va en camino de su disolución", "debemos destruir el cáncer de la nación", suponen alguna existencia plena pero perdida del país y de su gente (antropólogos *included*). ¿Pasado glorioso, al rescate! ... caiga quien caiga. Aunque, ¿quién conducirá esta cruzada sin auto-erigirse en Mesías? ¿Quién decidirá los límites existenciales de nuestra disciplina, si no nosotros, sus hacedores? ¿Qué vanguardia esclarecida les dirá a los trabajadores que carecen de conciencia de clase? ¿Y quién nos va a decir a los que nos rompemos el alma tratando de sobrevivir ejerciendo decentemente la profesión y estrenando inexplorados campos de laboreo antropológico, que lo nuestro es onanismo o facilismo intelectual?

Hay quienes, para suscitar reacciones, inventan "asesinos" (23) y oponentes. Se ponen la piel del lobo y salen, como Nacha Guevara en *El lado oscuro del corazón*, a prometer puestos gerenciales y recoger a sus muertos por los bares y casas de altos estudios. Por mi parte, no pretendo salvarme (de cierta incertidumbre metodológica); no quiero tener la sartén (académica) por el mango (científico), ni quiero tener la vaca (conceptual) atada. Como el Oliverio de Subiela, prefiero las heridas de la búsqueda a la seguridad de un puesto (teórico) que, en cambio, me garantizaría el modelo, y de paso, el coma investigativo. Si el modelo que Reynoso reclama existió alguna vez, no habría satisfecho las necesidades explicativas de sus usuarios, como el socialismo soviético no habrá merecido el reconocimiento de su pueblo. No me importa demasiado si lo que

hago se llama antropología, socio o literatura, sino que de este rincón profesional me siento un poco parte, aunque cabalque las dos o más márgenes del un río (de la Plata, o de las Ciencias Sociales); un rincón con cuyos habitantes comparto un conjunto de tradiciones, por más inventadas que sean, pero con las que damos sentido a lo que venimos haciendo. Pero no necesito responder por el libro que "tú no has leído" (22- lógica por demás empirista: ¿cuándo aparecerá el próximo cisne negro que mandará al cuerno mi muestra?), sino por la coherencia interna de los enunciados de Reynoso, y por el contexto cultural, político y académico que hacen posible su decepción. Me apenaría si nos quedáramos ahí, en el réquiem reprochón y melanco de "la ciencia que no fue"; lo celebraría si fuera éste un puntapié para repensarnos y seguir reflexionando acerca de los usos de nuestras disciplinas sociales en esta feroz transición. Después de todo, nadie nos prometió un jardín de rosas.